

843
9



P20027
P5
56

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

ESTA TRADUCCIÓN ES PROPIEDAD DEL EDITOR

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSÓ REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

LA PALOMA

I

Á 5 de mayo de 1637.

¡Oh hermosa paloma de plumaje de plata, collar negro y rosados pies! ya que tu cárcel se te hace tan insoportable que amenazas acabar con tu vida contra los barrotes de ella, te devuelvo la libertad; pero como es indudable que sólo anhelas abandonarme para ir á reunirme á la persona á quien quieres más que á mí, me toca justificarte de tu ausencia durante estos ocho días.

Certifico, pues, que mi intento era hacerte pagar con un cautiverio perpetuo el favor que te había prestado; que el corazón humano es tan egoísta, que no atina á hacer lo que quiera que sea sin exigir el pago de lo que hace, con frecuencia al doble de su valor.

Ve, pues, gentil mensajera, ve á restituirte y á llevar mi sentimiento de haberte perdido á aquel ó á aquella que te llama no obstante la distancia y á quien buscas con los ojos á pesar del espacio. Este billete, que ato á tu ala, es la salvaguardia de tu fidelidad.

Adiós por última vez; la ventana está abierta, el cielo te aguarda... ¡Adiós!

II

Á 6 de mayo de 1637.

Gracias os doy á vos, quien quiera que seáis, que me habéis restituído mi única compañera; pero, ya lo veis, vuestra santa acción recibe su recompensa; cual si la hermosa mensajera que me ha traído vuestro billete hubiese comprendido que debía yo mostrarme agradecida, y que mi único temor, no sabiendo dónde vivíais, fuese el de verme acusada de indiferencia por vos, la ha asaltado en mi casa la misma inquietud que de ella se apoderara en la vuestra.

Ayer pasó todo el día entregada al júbilo de haberme hallado otra vez; pero esta mañana — ¡ved la inconstante! — esta mañana, ya no ha tenido bastante conmigo; con pico y alas ha empezado á golpear, no los barrotes de su jaula, que jamás la he tenido apionada en ella, sino los cristales de mi ventana; y es que ya no quiere pertenecerme exclusivamente á mí, sino á nosotros dos.

Enhorabuena; contra el parecer de muchos, estimo que el que comparte con otro lo que posee, posee el doble. Vos y yo tendremos, pues, desde hoy, dos Iris; y notad que á nuestra paloma la apellidé *Iris*, sin duda previendo que con el tiempo sería nuestra mensajera: vuestro Iris que os llevará mis cartas y mi Iris que me traerá las vuestras; porque espero y confío que os dignaréis decirme qué favor le habéis hecho, y cómo cayó en vuestras manos.

Tal vez os admire que de buenas á primeras me

entregue á vos, desconocido ó desconocida; pero desde el instante que me habéis enviado de nuevo mi paloma, sois bueno ó buena; luego me la habéis enviado con un billete que demuestra que el ó la que lo ha escrito es persona de distinción y de ingenio; y como del mismo modo que todas las almas nobles son hermanas, son hermanos todos los espíritus superiores, tratadme como hermana ó como hermano, cual más os plazca, pues necesito dar á alguno este título de hermano ó de hermana que no he dado á nadie.

Iris, mi hermosa amiga, vais á volveros al mismo sitio de donde venís, y diréis al que ó á la que os me ha devuelto, que os devuelvo á él ó á ella; y añadid que más quisiera que fuese á *ella* que no á *él*. Partid, Iris, y ved que quedo aguardándoos.

III

El mismo día, después del toque de *Angelus*.

Hermana mía: Tengo por cierto que ni á Iris ni á mí nos acusáis. Yo no me encontraba en mi aposento cuando vuestra mensajera llegó; lo que había, era que la ventana estaba abierta para recoger los primeros efluvios de la brisa de la noche. Iris entró, y, cual si la hechicera criaturita hubiese comprendido que tenía que llevar una carta y traer una contestación, ha aguardado pacientemente mi vuelta. Entonces, desde la tabla en la cual se había posado, de un vuelo se ha colocado en mi hombro.

¡Ay! en la caída que he dado al través de los di-

versos escalones de la humana grandeza, á ambos lados del camino he experimentado muchas emociones tristes ó alegres; pero ninguna tan triste como la que se apoderó de mí cuando, al devolveros vuestra paloma, de la cual ni siquiera me era conocido el nombre, nombre predestinado, como vos misma habéis dicho, creí separarme de ella para siempre; ninguna más alegre que la que he sentido cuando, creyendo haberme separado de ella para siempre, la he visto en mi aposento y he sentido acariciadas las mejillas por el frescor de sus alas al venir á posarse en mi hombro.

¡Oh Dios mío! ¿conque Vos creáis para este eterno esclavo de cuanto le rodea, el hombre, gozos y dolores relativos? y ¿quién no ha llorado al perder casi un reino, ni estremecidose al viento del hacha que en torno de sí segaba las cabezas, llorará un día al ver huir un pájaro al través del espacio, y se estremecerá al sentir la agitación que produce en el aire el ligero plumaje de una paloma? ¡Oh Dios mío! este es uno de vuestros misterios; y Vos sabéis si vuestros divinos misterios tienen un adorador más humilde y más ferviente que el que en este instante se prosterna al pie de la cruz de vuestro divino Hijo para glorificaros y bendeciros.

Ahí cuanto me he dicho al ver de nuevo á la pobre paloma á la cual creía perdida para siempre, y antes de leer el billete de que era portadora. Luego, en leyéndolo, he quedado sumergido en meditación profunda.

—¿Qué me aprovechará, me he preguntado, pobre de mí, naufrago perdido en la inmensidad del océano, cuando había ya pactado con la tempestad y fraternizado con la muerte, asirme de este madero flotante, quizás último despojo de una nave quebrantada como la mía y á la cual el acaso, más bien que la Providencia, impele hacia mí? Si abro la puerta á la esperanza, ¿no franqueo al mismo tiempo la entrada á la

tentación? ¿Tenía yo por ventura cogido, sin saberlo, un faldón de mi traje entre las hojas de la puerta que mira al siglo, y no me arranqué, como creí, todo entero á las vanidades y á las ilusiones de la tierra?

Como veis, hermana, la materia se prestaba ampliamente á profundas reflexiones: Dios encima de mi cabeza, el abismo á mis pies, y en torno mío el mundo, al que no veía ya porque cerraba á él los ojos, al que ya no oía porque á él cerraba los oídos, pero al cual voy á oír zumbiar como en lo pasado, á verlo remolinar de nuevo, si por mi imprudencia abro otra vez ojos y oídos.

Pero quizá con la imaginación veo más allá de la realidad; quizás he dado á un hecho sin valor ni trascendencia la importancia de un acontecimiento.

Vos, hermana, me pedís un simple relato; escuchad.

Hace ocho días me estaba yo sentado y leyendo en el jardín; ¿queréis saber, hermana mía, qué libro solicitaba mi atención? Pues era el tesoro de amor, de religión y de poesía al que apellidan las *Confesiones de san Agustín*. Estaba yo leyendo, y todo mi pensamiento le tenía absorbido en el del bienaventurado obispo que tuvo una santa por madre y á su vez también fué santo.

De improviso oigo sobre mi cabeza un como ruido de aleteo; levanto los ojos, y, á mis pies, pidiéndome auxilio, se precipita una paloma, acosada tan de cerca por un gavilán, que la pobre había ya dejado algunas plumas entre las garras y el pico del ave de rapiña.

¿Dios, para la majestad de quien un gorrión que cae es igual á un imperio que se derrumba, había dicho á la desventurada avecilla que así como en el gavilán la amenaza hallaría en mí la protección?

Sea lo que fuere, la así, y temblorosa y un poco ensangrentada, me la metí en el pecho, donde se acurrucó con los ojos cerrados y latíendole apresuradamente el corazón, y luego y á la vista del gavilán,

que se había ido á colocar en la cima de un álamo, me la llevé á mi celda.

Durante cinco ó seis días el gavián no abandonó su observatorio sino por breves instantes; yo le veía de día y de noche inmóvil sobre la seca rama desde la cual acechaba á su presa.

Por su parte la paloma adivinaba la presencia de su enemigo; es indudable; pues durante los cinco ó seis días que digo permaneció, aunque resignada, triste, y ni siquiera llegó hasta la ventana.

En fin, anteayer el gavián desapareció, lo que por instinto conoció la prisionera, pues casi al mismo tiempo se precipitó sobre el transparente cristal; pero con tanto empuje, que por poco hace saltar éste en pedazos.

Desde entonces ya no fui para ella protector, sino carcelero; mi celda dejó de ser un asilo para convertirse en cárcel. Durante un día entero ensayé conciliarla conmigo, y la retuve junto á mí; pero fué inútil, todos sus esfuerzos los encaminaba á escaparse. Por fin ayer me compadecí de ella: escribí la carta que vos habéis recibido, y con lágrimas en los ojos abrí la ventana por la cual creí verla desaparecer para siempre.

Después he pensado muchas veces en aquel gavián que permanecía inmóvil y acechando desde lo más alto de aquel álamo, y en él vi el símbolo de ese enemigo del género humano al cual oímos rugir, pero al que no vemos, y que gira sin cesar en torno nuestro *querens quem devoret*, en busca de quien devorar.

Y ahora, si no experimentase un placer que me estremece al ver de nuevo á la paloma y al recibir vuestras cartas, os diría: Contadme, hermana mía, cómo os abandonó Iris, ya que yo os he referido cómo llegó hasta mí.

Mañana el alba hallará abierta mi ventana, y á su primera luz vuestra mensajera partirá llevándoos esta contestación.

Entre tanto, inclínense respetuosos hasta vuestro lecho todos los niños alados á que llamamos sueños y refresquen vuestra frente con sus aleteos.

IV

Á 10 de mayo, después del toque de *Maitines*.

Me he pasado tres días sin contestaros, como podéis ver por la fecha de la presente; y es que la vuestra no me dejaba duda alguna. Esperaba llamaros hermana, y es menester que renuncie á escribiros ó que os apellide hermano.

Según decís, teméis que un faldón de vuestro traje haya quedado prendido entre las hojas de la puerta que mira al siglo. ¿Así, pues, habéis pasado de éste á la soledad?

Decís también que habéis caído al través de los diversos escalones de la grandeza humana. Para que vuestra caída atravesase tantos espacios intermedios, debíais de haber ocupado el lugar más eminente de la sociedad.

Habéis perdido casi un reino, y no os ha estremecido el viento del hacha que sègaba las cabezas á vuestro alrededor. Esto quiere decir que habéis vivido la vida de los grandes y tomado parte en las luchas de los príncipes.

¿Cómo queréis que concilie yo todos estos extremos con vuestra edad, pues sois joven; con vuestra humildad, toda vez que habláis de rodillas?

Y sin embargo ¿qué os aprovecharía engañarme? Vos no me conocéis; ignoráis si soy noble ó plebeya, joven ó vieja, fea ó hermosa.

Por lo demás, á vos no os importa saber quién soy, más que á mí saber quién sois vos. Vos y yo somos dos seres extraños uno á otro, vivimos separados, no nos conocemos, y poder alguno sería bastante á reunirnos materialmente; pero aparte la reunión material, existe la comunión de ideas; aparte el tacto y la vista de los cuerpos, hay la fraternidad de las almas, agapa misteriosa donde bebemos en la misma copa la palabra del Señor y las ráfagas de luz del Espíritu Santo.

Ahí cuanto deseo de vos, ahí cuanto vos podéis querer de mí.

Esto supuesto, si existe alguna simpatía entre nuestros espíritus, alguna afinidad entre nuestras almas ¿qué mal puede haber á los ojos del Señor en que nuestros espíritus y nuestras almas se comuniquen al través del espacio, cual harían los rayos de dos estrellas amigas que se cruzaran en las etéreas soledades del firmamento.

Ahora quiero deciros cómo la pobre Iris había abandonado mi aposento: la víspera del día en que vos le salvasteis la vida, yo estaba orando de rodillas, y mi lámpara ardía cerca de las cortinas de mi cama. Á cosa de media noche, me dormí orando. Diez minutos después, poco más ó menos, la puerta de mi aposento, mal cerrada, se abrió impulsada por el viento, y las cortinas de mi cama, agitadas por éste, mataron la luz de lámpara y se incendiaron. En un instante, mi aposento, que es reducido, se llenó de llamas y de calor, y yo me desperté medio sofocada y me encaminé presurosa á abrir la ventana. Mi pobre paloma, que revoloteaba por el techo bregando en medio del humo, apenas vió abierta aquélla se precipitó en el espacio y la oí como en la obscuridad chocaba contra las ramas de los árboles que le son tan conocidos, contra las ramas en las cuales juguetea parte del día.

Esperando que iba á entrar de nuevo al alba, dejé

abierta la ventana; pero vino el día y se deslizó todo entero sin que yo volviese á verla. Despavorida por el incendio, sin duda había huido hasta donde se lo consintiera la fuerza de sus alas. Al día siguiente, á su regreso, debió de haber sido perseguida por el gavilán contra el cual fué á pedirnos socorro. Vos la recogisteis y os la quedasteis, y ya yo la creía perdida, cuando prontamente oí rumor de alas en mi ventana y la abrí: era la fugitiva que traía su excusa consigo misma, si bien no necesitaba de ésta para estar perdonada de antemano.

Hé aquí la historia de la pobre Iris. ¿Es cuanto vos queriais saber y nada más tenéis que preguntarme? En este caso nuestra mensajera regresará sin carta ni billete. Entonces, y sabiendo el significado de tal silencio, desde este lugar donde me encuentro os diré: Adiós, hermano mío; el Señor sea con vos.

Á 11 de mayo, al quebrar el alba.

Iris ha regresado sin carta ni billete. La pequeña parecía entristecida de reaparecer de esta suerte destituida de su categoría de mensajera; levantaba el ala como para interrogarme sobre qué significaba tal sucedido.

Esto quiere decir, querida Iris, que únicamente me perteneces á mí; que la luz que había iluminado nuestro sombrío cielo, se ha extinguido, y que el hermano se ha convertido en extraño, en indiferente el amigo; y esto, pequeña mía, lo escribo para mí sola. Esta quejumbre de mi alma que se lamenta en su aislamiento no llegará hasta él. Á ti te digo que estoy sufriendo; á ti, que lloro; á ti, que soy desgraciada.

¡Oh Dios mío! ¿vuestra justicia no se extraviará alguna vez, y los golpes que reserváis á los culpados, desviados por algún ángel invisible y malo, no van á herir á los inocentes? Dícenos que los dolores de

esta vida preparan la felicidad de la otra: pero ¿por qué dáis que padecer á la que nada ha hecho, y que si quizás ha cometido alguna falta no tiene que expiar crimen alguno? ¿por qué perdonó Cristo á la Magdalena? ¿á qué su indulgencia para con la adúltera, y para mí, únicamente para mí tanto rigor?

He amado, sí; pero amando he respondido á otro amor; yo nací para el siglo, no para el claustro. Amando, he seguido la ley impuesta por Vos á animales, hombres y plantas. Todo ama en la tierra; todo busca unirse y fundirse en una vida misma; los arroyos buscan á los riachuelos, éstos á los ríos, y los ríos al océano. Las estrellas que por la noche parten de un horizonte y desaparecen por el horizonte opuesto después de rayar el firmamento con una línea de oro, van á apagarse en el seno de otra estrella; nuestras almas mismas, emanaciones de vuestro divino soplo, no buscan otra alma sobre la tierra sino para hallar en ella una compañía de amor, y, cuando abandonan nuestro cuerpo, lo hacen para en un vuelo fundirse en Vos que sois el alma universal y el amor infinito.

Pues bien, Dios mío, por un instante me ha regocijado la esperanza de haber hallado en el más remoto confín de mi horizonte un alma desconocida, pero hermana en el sufrimiento; hermana, sí, pues á sus primeros plañidos, creí que era mi corazón quien se dolía. ¿Por qué, pobre alma dolorida, no quieres participar de mi pesadumbre, como yo lo haría de tu dolor? Es regla establecida que las tribulaciones compartidas son más llevaderas y que el peso á que no pueden resistir dos fuerzas aisladas en ocasiones parece liviano á estas mismas fuerzas reunidas.

Están tocando á oficio; Vos me llamáis, Señor, y á Vos acudo; á Vos me encamino con la confianza de mi pureza, con el corazón abierto para que en él podáis leer, y si por omisión ó de obra os he ofendido,

dádmelo á comprender por medio de un signo, de una revelación, y permaneceré prosternada en vuestro altar, con la frente hundida en el polvo y los brazos en cruz hasta que me hayáis perdonado.

Tú, paloma querida, sé el guardián fiel de estos pensamientos de mi frágil corazón, de estos arranques de mi pobre alma; cubre con tus alas este papel que doblo para sustraerlo á todas las miradas, papel que me aguardará como la copa á medio llenar aguarda la amarga poción que le tienen prometida.

V

Á 11 de mayo, á medio día.

En efecto ¡oh pobre alma afligida! lo habéis adivinado; mi resolución era no volver á escribiros; porque ¿qué aprovecha, cuando nos encontramos en la tumba, obstinarnos todavía en sacar fuera de ella las manos, si no es para elevarlas á Dios? Pero un como milagro viene á echar por tierra mi resolución.

La carta que habíais escrito únicamente para vos, en la cual derramáis vuestra alma á los pies del Señor; la carta esta, confidente de vuestro pensamiento, copa de amargura á medio llenar á la que debían hacer rebosar vuestras lágrimas al arrepentidos, la paloma, infiel esta vez, me la ha traído, no ya doblada por vos y debajo del ala, sino de suyo, en el pico, cual la del Arca llevaba el verde ramo indicativo de que las aguas empezaban á secarse en la faz del globo, del mismo modo que se secan las lágrimas en el rostro de un pecador perdonado.

Enhorabuena, acepto la tarea que me imponéis, de compartir con vos vuestro dolor; porque no pertene-

ciéndome ya como no me pertenezco, debo convertir todas las fuerzas que Dios me ha dejado, en palanca para solevantar los infortunios ajenos.

Desde este instante mi alma queda vacía de mis propias desventuras; así pues, vos, arroyo que vais en pos de un río para confundiros con él; meteoro que buscáis una estrella en la cual extinguiros, verted en ella las vuestras.

Os preguntáis porqué, no habiendo incurrido en culpa, estáis sufriendo. Ved lo que decís, que con ello interrogáis á Dios, y del interrogatorio á la blasfemia la distancia es muy corta y rápida la caída.

Acá en la tierra nuestro enemigo más grande es nuestro orgullo. Dicen que en la actualidad existe un filósofo que acaba de dividir la naturaleza entera en torbellinos. Según dicho filósofo, cada estrella fija sería un sol, centro de un mundo como el nuestro, y todos esos mundos, sometidos á las leyes de la ponderación, girarían y gravitarían en el espacio, cada uno al rededor de su centro, sin chocar entre sí ni confundirse.

Ahí un sistema que engrandecería mucho más á Dios, pero que empequeñecería en gran manera al hombre, ¿no es verdad?

De esta suerte nuestro mísero mundo puede subdividirse en millones de mundos. Nuestro orgullo nos da á entender á cada uno que somos un sol, centro de un torbellino, cuando á lo más somos uno de los átomos, uno de los granos de polvo que el soplo del Señor hace gravitar y girar por millones en torno de esas estrellas más ó menos rutilantes á que apellidamos reyes, emperadores, príncipes, héroes, los poderosos de la tierra, en una palabra, á los cuales Dios ha entregado, como signo de su poder, el cetro ó el báculo, la tiara ó la espada.

Pues bien ¿quién os ha dicho que lo inmaterial no se pondere como lo material? ¿Quién que las desventuras de un mundo no concurren á la venturanza de

otro? ¿Quién que una de las leyes de la naturaleza moral no sea que una mitad del corazón esté anegada en llanto, para que la otra mitad goce de la alegría, como es menester que una parte de la tierra esté sumergida en la obscuridad para que la otra disfrute de la luz?

Contadme pues vuestras desventuras ¡oh alma afligida! porque sean ellas cuáles fueren, estoy seguro de que no llegarán á la mitad que las mías; hablad, pues espero tener un consuelo para cada una de vuestras quejas, un bálsamo para cada una de vuestras heridas.

Os ruego, empero, que por vuestra parte bebáis en el arroyo de mis palabras, sin buscar la fuente de do mañan; obrad como los negros etíopes y los pálidos hijos de Egipto, que si apagan su sed en las márgenes del Nilo, creerían cometer una impiedad remontando el río hasta su origen.

Apoyándoos en algunas palabras que se me escaparon, creísteis haber leído en mi pasado, y me habéis convertido en uno de los grandes de la tierra, supuesto que había acompañado á mi caída un surco de luz, y que del cielo me precipitara en la tierra como ángel sobre el cual fulmina Dios el rayo.

Ante todo ruégoos que os desengañéis de semejante engaño: soy un humilde religioso de humilde nombre; de mi pasado sombrío ó brillante, modesto ú orgulloso, he perdido todo recuerdo, y, menos perspicaz en la vida que lo era en la muerte el filósofo antiguo que se acordaba de haber combatido en el sitio de Troya, hoy no me acuerdo de ayer, como mañana me habré olvidado de hoy.

De esta suerte y paso á paso es como quiero caminar hacia la eternidad, borrando todo vestigio que vaya dejando á mi espalda, á fin de llegar, en el día de mi muerte, ante el Señor tal cual he salido del seno de mi madre: *solus, pauper et nudus*, esto es, solo, pobre y desnudo.

Adiós, hermana mía; no me pidáis más que aquello que pueda daros, para que pueda daros siempre.

VI

Á 12 de mayo.

Todo lo habéis comprendido; mientras me hallaba prosternada á los pies del Altísimo, pidiéndole cuenta de sus rigores, en lugar de solicitar de él la remisión de mis culpas, por un casi diré milagro, Dios me devolvía el consuelo que creí me arrebataran, y nuestra mensajera, infiel de puro devota, os llevaba de suyo la exuberancia de mi pensamiento, ó más bien de mi corazón, que se había desbordado sobre el papel.

Decís que queréis permanecer desconocido; está bien; ¿qué me importa que el sol se oculte entre nubes, que el fuego se envuelva en un velo de humo, si por en medio del humo ó de la nube me iluminan los rayos del uno ó me da calor la llama del otro? Dios es también invisible y desconocido, y no por eso sentimos menos su mano extendida sobre el mundo.

No voy á deciros que soy mujer de humilde cuna, pero sí que he sido noble, rica y dichosa, y que de cuanto fui nada me queda; que he amado con toda mi alma á un hombre que me correspondía con igual vehemencia; que dicho hombre murió, y que la helada mano del dolor me ha despojado de mis vestiduras mundanas y revestido del ropaje santo, traje intermediario, gala fúnebre de aquellos que han dejado de vivir y sin embargo no están muertos todavía.

Ahora, ved dónde está la llaga.

Me hice monja para olvidar á aquel que murió y no acordarme sino de Dios; pero á las veces olvido á Dios para sólo recordar al que murió.

Esta es la razón porqué me quejo; esta la causa de mis lamentos; este el motivo por el cual clamo al Señor: «¡Dios mío, apiádate de mí!»

¡Oh! decidme cómo habéis obrado, vos, para arrojar de vuestra alma el dolor que la henchía. ¿La habéis decantado como se hace con una copa? Así lo ejecuto yo cuando oro, y después de cada oración hallo mi alma más llena de amor terrenal que no lo estaba, cual si en lugar de desparramar el amargo licor que contiene, al inclinarlo no hiciese sino recoger nuevo licor en encendido lago.

Vuestra respuesta va á ser sencilla; de antemano la espero: «Nunca he amado», me diréis.

Entonces, si nunca habéis amado, ¿con qué derecho os vanagloriáis de haber sufrido?

Era menester empezar por ahí y haberme dicho que nunca la pasión había anidado en vuestro pecho.

En este caso no os hubiera pedido auxilio ni consuelo, y no solamente hubiese admitido vuestra indiferencia y vuestro silencio, sino pasado cerca de vos como pasamos por el lado de un pedazo de mármol al que el estuario ha dado forma humana, pero en el pecho del cual nunca ha latido un corazón.

Si no habéis amado nunca, soy yo quien ahora os digo: No me contestéis, no pertenecemos al mismo mundo, no hemos vivido igual vida. Ya que me han engañado las apariencias, ¿á qué cruzar desde ahora palabras inútiles? No hablando, como no hablamos, la misma lengua, ni vos comprenderíais mi lenguaje, ni yo el vuestro.

Si por el contrario, habéis amado, ¡oh! entonces decidme dónde, á quién, cómo; ó si de nada de esto queréis hacerme sabedora, habládme de lo más indiferente, poco importa, que, con tal me lo digáis vos, me interesará y me será provechoso; decidme cuál

es la configuración de vuestra celda, si está contra levante ó contra poniente, si mira al mediodía ó al norte; si saludáis al sol cuando parece, si os despedís de él cuando se enconde en su ocaso, ó si, con los ojos deslumbrados por los ardientes rayos del astro en su cenit, os esforzáis en distinguir la faz de Dios en medio de su inextinguible brillo.

Respondedme á cuanto os pregunto, y decidme también qué descubris desde vuestra ventana, si llanos ó montañas, cumbres ó valles, arroyos ó ríos, lago ú océano; decidmelo, que ello hará que ocupe mi espíritu en todos los misteriosos problemas de lo desconocido hecho visible por la voluntad, y acaso mi corazón, distraído por mi pensamiento, logre olvidar siquiera sea por un instante...

Pero no, no me lo digáis; ¡no quiero olvidar!

VII

Á 13 de mayo.

¡Ah! aquel á quien amasteis murió; ved porque todavía os quedan lágrimas; yo, que fui víctima de la traición de aquella á quien idolatraba, tengo secas las fuentes de los ojos.

Habladme de él cuanto os plazca; pero no me exijáis que yo os hable de ella.

Hace cuatro años vivo en un monasterio, y con todo aun no soy sacerdote.

¿Por qué? me preguntaréis. Voy á deciroslo.

Cuando el amor de aquella, último lazo que me unía á la existencia, me faltó, caí en tal desesperación, que nada de meritorio asumía mi resolución de en-

tregarme á Dios á consecuencia de dolor semejante.

Entonces aguardé á que mi desesperación se calmase para que el Señor me recibiese, no como el abismo recibe al ciego ó al insensato que en él se precipita, sino como el hombre caritativo acoge al fatigado peregrino que al final de larga jornada acude á pedirle le deje pasar la noche en el esquinazo de duro escalón.

Yo quería darle un corazón ferviente, no un corazón quebrantado; un cuerpo, no un cadáver.

Más de cuatro años hace me aísló por medio de la soledad, me acendro por medio de la oración, y hasta lo presente no he osado dejar el hábito de novicio por el de fraile; tanto queda en mí todavía de lo que fui y de tal suerte hallo que cometería sacrilegio si me diese por modo tan incompleto al Creador después de haberme entregado por entero á la criatura.

Ahora sabéis de mi vida pasada é íntima cuanto es posible que sepáis; por lo que respecta á mi vida presente y externa, he aquí lo que puedo deciros:

Habito, no en un convento, sino en una ermita construida en la mitad de una colina, una celda de blanqueadas paredes, sin otro adorno que el retrato de un rey á quien venero sobremanera, y un crucifijo de marfil, obra maestra del siglo XVI, que me regaló mi madre.

Mi ventana, sombrada completamente por un colossal jazmín cuyas floridas ramas penetran en mi celda y la aromatizan con su fragancia, está situada contra levante y probablemente contra el punto del horizonte donde vos habitáis; y digo esto, porque desde larguísima distancia veo venir directamente la paloma, la cual se vuelve por el mismo camino y á la que sigo con la mirada hasta que se encuentra poco más ó menos á un cuarto de legua de distancia, hasta que el punto que la presenta y que progresivamente ha ido disminuyendo, se confunde con el azu-

lado firmamento ó con la parda nube, según esté límpido ó encapotado el cielo.

El alba tiene para mi singulares atractivos gracias á la configuración del terreno que forma el paisaje que puedo abarcar con la mirada y que voy á ensayar describirlos. El horizonte que descubro está limitado, al mediodía, por la gran cordillera de los Pirineos, de laderas violáceas y nevadas cumbres; al este, por una ramificación de colinas que, no interrumpidamente elevándose y formando una cadena secundaria, va á unirse á la cordillera principal, y por último, al norte se extiende hasta el horizonte más remoto una comarca llana sembrada de grupos de olivos y surcada de arroyuelos en medio de los cuales, como soberano que recibe tributo, se desarrolla majestuosamente uno de los más caudalosos ríos de Francia.

La meseta que domino está inclinada de mediodía á norte, de las montañas al llano, y ofrece tres aspectos completamente distintos, según se la contemple por la mañana, á mediodía ó por la tarde.

Por la mañana el sol se levanta allende la cadena de colinas del este; diez minutos antes que el astro aparezca, veo subir un vapor rosado que invade lenta pero victoriosamente el cielo, asombrando todavía más la negra mole de las colinas, que resaltan sobre él; por en medio de dicho vapor, que pasa por todos los matices intermediarios, desde el rosa subido hasta el amarillo de fuego, se deslizan como moharras algunos rayos precursores del sol, el cual continúa subiendo por detrás de las colinas, cuyos contornos empiezan á dorarse á la luz del astro. En la doble cima que forma la arista más elevada de dicha colina, pronto flota un como fuego errante que va ensanchándose gradualmente, hasta que el sol, cráter inextinguible del volcán divino, aparece espléndido, brillante y chorreando llamas. Á medida que éste va subiendo en el cielo, en la tierra todo vuelve á la vida; la cima de los Pirineos pasa del blanco mate á

los reflejos de la plata bruñida, y sus sombrías vertientes van iluminándose poco á poco, pasando del color negro al violáceo y del violáceo al azul celeste, hasta que y cual si de los elevados picachos bajase una inundación de luz, ésta se desparrama por la planicie. Entonces los arroyos refulgen como hilos de plata, el río se tuerce y ondea como una cinta de ormesí; los pajarillos gorjean en las matas de oleandros, en los setos vivos de granados y entre el follaje de los mirtos, mientras un águila, reina del firmamento, gira en el éter, abarcando en su majestuoso vuelo un círculo de más de una legua en el cual la veo aparecer y desaparecer alternativamente.

Á mediodía, toda la cuenca que acabo de describir se convierte en encendido horno; iluminadas desde la cúspide á la falda, las montañas muestran sus áridas laderas agujereadas á trechos por la osamenta granítica de la tierra; los rayos del sol se quiebran en la brillante superficie de las rocas; los arroyos y los ríos adquieren apariencias de plomo derretido, las flores se marchitan, inclínanse las hojas y los pájaros enmudecen; las invisibles cigarras cantan en las ramas de los olivos, que chirrían, y en la corteza de los pinos, que crujen, siendo los únicos seres que con ellas animan este desierto de fuego ora un verde lagarto que se sube al encañado de mi ventana, ya una jaspeada culebra que, enroscada en espiral, aspira, con las fauces entreabiertas y moviendo la negra é inofensiva lengua, los mosquitos que pasan al alcance de su aliento.

Por la tarde la vida renace por un instante, al igual que acontece con la luz de una lámpara que va á extinguirse; entonces y una en pos de otra van enmudeciendo las cigarras, y á su chirrido sucede el plañidero y monótono canto del grillo; huyen los lagartos, las culebras desaparecen, las malezas se mueven á impulsos del agitado vuelo de los pájaros que buscan un refugio donde pasar la noche; el sol des-

ciende á un horizonte escondido á mis ojos, y á medida que va bajando, veo las nieves pirenaicas pasar del rosa pálido al rosa púrpura, en tanto las tinieblas que habían ya envuelto el fondo de la llanura van subiendo grada por grada la gigantesca escalera que la luz abandona, hasta que y obedeciendo á la ley natural, aquéllas se hacen á su vez dueñas del mundo; entonces cesa todo ruido, se apaga toda luz terrestre, las estrellas aparecen silenciosamente en el firmamento, y en medio de la quietud nocturna se despierta en el espacio una sin par melodía: es el canto del ruiseñor, el amante de las estrellas, el improvisador de las tinieblas.

Me habéis preguntado qué veía yo desde mi ventana, y os lo he dicho; fijad en vuestra mente el triple aspecto de que acabo de hacer mérito; ocupad el espíritu para distraer el corazón, que en este y en el otro mundo vuestra salvación se encierra en esta palabra:

¡Olvidad!

VIII

Á 13 de mayo.

¡Me decís que olvide!

Escuchad lo que en mí pasa.

Tan pronto se difunde la obscuridad, siento algo espantoso, inusitado, sobrenatural; y es que durante mi sueño, el muerto deja de serlo, el que dejó de existir vuelve á la vida; y está aquí, á mi lado, con sus largos y negros cabellos, su descolorido semblante y sus facciones varoniles é impregnadas de la nobleza

de su estirpe. Está aquí, sí, y le hablo y le tiendo la mano, y le digo:

—Conque ¿todavía vives y sigues amándome?

Y él me responde que sí, que aun vive y nunca ha dejado de amarme, y la misma visión, casi material, se renueva todas las noches para no desaparecer hasta el alba.

¡Ay! ¡qué no he hecho yo, Dios mío, para que semejante visión, obra, sin duda, del ángel de las tinieblas, cesara de martirizarme!

Me he cubierto con el boj bendito, me he enrosado rosarios bendecidos al cuello y á las muñecas, colocado al pecho un crucifijo, y me he dormido con las manos cruzadas sobre los pies del mártir divino: todo ha sido en vano, todo inútil, todo infructuoso; el día me devuelve á Dios, pero la obscuridad á él, soy como aquella reina de que nos habla el poeta Homero, la cual deshacía de noche lo que elaboraba durante el día.

Si no hubiese noche, ni sueño ni desvarío, tal vez me sería dable el olvido.

¿Podéis vos alcanzar esto de Dios?

IX

Á 14 de mayo.

Todo cuanto por medio de la oración podemos alcanzar del Eterno, lo alcanzaré en vuestro provecho, pues en verdad estáis herida y la llaga es profunda y destila sangre.

Oremos.

X

Á 15 de mayo.

No sé si desde que os escribo experimento más tranquilidad; pero indudablemente siento más alivio; y es que en mi existencia ha entrado una distracción poderosa. Sin familia, sola en el mundo moral y en el mundo material, ya echada sobre una tumba, ya llorando siempre desesperada, de improviso encuentro de nuevo á un hermano; porque me parece que vos lo sois para mí; que si no os conozco se debe á que salistéis de Francia antes de que yo naciese, y aun que os he aguardado y buscado incesantemente. Ahora heos de regreso, y si bien no os reveláis por la presencia, lo hacéis por la voz. No os veo, pero os escucho; no os toco, pero os oigo.

No podéis imaginaros cuánto ha ocupado mi mente el paisaje pintado con tan brillantes colores por vuestra pluma. Que no me nieguen á mí los milagros de la doble vista: ésta existe. Por la fuerza constante de mi voluntad ese paisaje le tengo presente, fijo en mi espíritu como en un espejo. Todo lo estoy viendo, desde los rosados vapores de la mañana elevándose allende la colina hasta la invasión de las plumizas sombras de la tarde; todo lo oigo, desde el ruido que produce la flor al abrir su cáliz para beber el rocío de la mañana, hasta el canto del ruiseñor, prolongándose en la soledad y el silencio de la noche. Y lo veo todo con viveza tal, que si alguna vez llegase á encontrarme en el círculo que abraza vuestra mirada, diría para mí: «Estas son las inflamadas colinas,

aquellas las nevadas montañas, estos los arroyos de plata y los ríos de ormesí, aquellos los granados, los oleandros y los mirtos. Sí, este es el lugar descrito».

Veó además vuestra ermita sobresalir de la pared del jardín, con su ventana cubierta de jazmines y pámpanos, y os veo á vos en vuestra blanca celda, arrodillado á los pies de vuestro hermoso crucifijo, orando por vos y en particular por mí.

Decidme quién es el rey cuyo retrato tenéis en vuestra celda y por el cual sentís tanta veneración, para procurarme también un retrato suyo y tener de esta suerte una religión más que sea vuestra religión.

Demás, también quisiera veros á vos... pero tranquilizaos, sólo con la imaginación. Me habéis dicho que para vos lo pasado había dejado de existir y que no os interrogase sino sobre lo presente y lo venidero.

Demos por no existido lo pasado, y decidme cuál es vuestra edad, sobre qué facciones es menester que me forje una imagen parecida á la vuestra, en qué época entrasteis en esa ermita y cuándo pensáis despediros para siempre del siglo.

De ser posible calcularla, quisiera saber también qué distancia se interpone entre los dos.

Parecéisme tan bueno, que no me detiene el temor de molestaros; tan sabio, que no vacilo en preguntaros lo imposible.

Voy á meditar sobre lo que puede encerrar vuestra contestación, y cuando ésta obre en mi poder, lo haré sobre lo que me digáis.

Ve, paloma querida, y torna presto.

XI

Á 15 de mayo, á las 3 de la tarde en punto.

Ya lo veis: ocupando vuestra imaginación he conseguido distraeros el corazón por un instante.

Es menester que al alma la curemos como al cuerpo; haced que un enfermo olvide por un momento sus dolores, y, mientras, no sufrirá...

Vos queréis que yo os hable de mí, deseáis conocer si en el hombre físico y en el hombre moral, viviente y desconocido, existe algo del muerto á quien amasteis: enhorabuena, escuchad.

Nací en Fontainebleau á primero de mayo de 1607; de consiguiente tengo treinta años y catorce días.

Soy alto, moreno, de ojos azules, pálido cutis y frente elevada.

Desde el 17 de enero de 1633 vivo retirado del mundo, é hice voto, si ciertos acontecimientos no cambiaban mi destino, de consagrarme á Dios á los cinco años de mi retiro.

Huí del siglo en pos de una gran catástrofe política, en la cual perecieron mis amigos más queridos; de resultas de una gran pesadumbre personal que me quebrantó el corazón.

El retrato del rey que tengo en mi celda y por quien experimento singular veneración, es el de Enrique IV.

Queréis saber también qué distancia os separa de mí: ahora son las tres menos algunos minutos, y voy á fechar la presente á las tres en punto, momento en que soltaré á nuestra mensajera.

Los palomos recorren de quince á diez y seis le-

guas por hora, según he tenido ocasión de comprobarlo en determinadas circunstancias en que me he servido de ellos. Así pues no os queda sino anotar la hora en que recibiréis esta carta y echar un cálculo.

No me contestéis hasta pasados dos ó tres días, que podéis emplear en forjaros ilusiones ó en reflexionar sobre la realidad; luego, pobre reclusa, verted sobre el papel todo cuanto haya pasado por vuestro espíritu, y notificadme, en resumen, el resultado de vuestras averiguaciones y de vuestros delirios.

El Señor sea con vos.

XII

Á 15 de mayo, á las dos horas de recibida vuestra carta.

¡Ah! No dentro de dos ni menos de tres días, sino al instante es menester que os conteste:

¡Oh Dios mío! ¡qué desatinada idea se apodera de mi espíritu, de mi corazón y de mi alma! ¡Oh! ¡si aquel á quien amo no hubiese muerto! ¡si vos fueseis él, á quien amo, á quien llamo, á quien busco, el que se me aparece todas las noches!

Vos, como él, nacisteis el primero de mayo de 1607; como él sois alto y moreno; como él teneis azules los ojos, pálido el cutis y elevada la frente.

Demás, recordad las palabras que me escribisteis en otra carta y que han quedado indeleblemente grabadas en mi memoria; habéis caído al través de los diferentes grados de la grandeza humana; no os habéis estremecido al viento del hacha que en torno vuestro segaba las cabezas, y al caer os habéis perdido casi un reino.

No sé si todo esto se relaciona con vos; pero ¡Dios mío! ¡Dios mío! se relaciona realmente con él.

En vuestra celda tenéis un retrato al que rodeáis de veneración y de amor, y el retrato ese es el del rey Enrique IV, y él, él era hijo de este rey.

Si no sois Antonio de Borbón, conde de Moret, de quien dijeron haber perecido en la batalla de Castelnaudary, ¿quién sois?

¡Responded, por Dios, responded!

XIII

Á 16 de mayo, al quebrar el alba.

Si vos no sois Isabel de Lautrec, á quien creí infiel, ¿quién sois?

Yo soy Antonio de Borbón, conde de Moret, á quien creyeron perecido en la batalla de Castelnaudary, y que vive aún, no por la misericordia, sino por la venganza del Señor.

¡Oh! si los hechos han pasado cual me temo, ¡guay de vos y guay de mí!

La paloma se ha extraviado en medio de la obscuridad de la noche, ó, fatigada tal vez, se ha visto obligada á descansar, pues no ha llegado hasta la primera luz del día.

XIV

Á 16 de mayo, á las siete de la mañana.

¡Sí, desventurado! sí, soy Isabel de Lautrec.

¡Y vos me juzgasteis infiel! ¡vos! ¿Cómo? ¿por qué? ¿con qué motivo? Entended que no me defendiendo, acuso.

Sabéis que la paloma no emplea sino dos horas en ir y otras tantas en volver y de consiguiente que no nos encontramos sino á treinta leguas de distancia uno de otro. Decidme pues inmediatamente en qué os he engañado, en qué os he sido traidora.

Ve, paloma, en ti llevas mi vida.

XV

Á 16 de mayo, á las once.

¿Habránme engañado á la vez ojos, corazón y alma?
¿Es ó no es Isabel de Lautrec á quien vi entrar en la catedral de Valence el día 5 de enero de 1633?

¿No era ella la que iba vestida de desposada, precediendo al vizconde de Pontís, vestido de desposado también?

¿Ó bien cuanto vi no fué sino ilusión sugerida por el espíritu maligno?

No dudas; no vacilaciones. no respuestas ambiguas. Enmudecer ó probar.

XVI

Á 16 de mayo, á las tres de la tarde.

Me pedís la prueba; fácil me será el dáros-la. Cuanto visteis asumió las apariencias de la realidad, y sin embargo todo era mentido.

No me queda sino haceros un extenso relato, pero mejor, nuestra paloma está al cabo de sus fuerzas y necesita de reposo. La pobre ha empleado cerca de cuatro en lugar de dos horas en volver.

Voy á escribir durante una parte de la noche.

¡Oh Dios y Señor mío! concededme alguna calma: la mano me tiembla hasta el punto de serme imposible sostener la pluma... Pero ante todo quiero mostrarmeos agradecida de que él viva.

Á las seis de la tarde.

Después de haber pasado tres horas prosternada, orando y con la ardorosa frente pegada á las frías losas, me siento más tranquila y vuelvo á vos.

Dejad que os lo refiera todo desde el momento en que me separé de vos en Valence, hasta el en que, desventurada de mí, pronuncié mis votos.

El día en que nos separamos fué el 14 de agosto de 1632, y os despedisteis de mí sin decirme adónde ibais. Os acordáis bien de ello ¿no es verdad?

Yo, llena de sombríos presentimientos, no me decidía á soltar vuestra capa. Parecíame que vuestra ausencia no iba á durar algunos días como vos me prometíais, sino que iba á ser eterna.

Soñaban las once de la noche en el reloj de la ciu-

dad; vos, envuelto en una capa de color pardo, os subisteis sobre un caballo blanco, y partisteis primeramente poco á poco, y por tres veces retrocedisteis para decirme adiós; pero la última me obligasteis á meterme en casa, diciéndome que, de continuar yo á la puerta, no podríais deciros á partir.

¿Por qué no me quedé? ¿por qué partisteis?

Entré en mi casa, mas para correr á mi balcón. Vos, que mirabais hacia atrás, me visteis aparecer agitando mi pañuelo empapado en lágrimas, á cuyo adiós respondisteis quitándoos vuestro sombrero adornado de flotantes plumas. ¡Ay! el viento me trajo vuestra despedida, la cual, amortiguada por la distancia, llegó á mis oídos plañidera como un suspiro.

Por el espacio navegaba una grande y parda nube que caminaba rápidamente al encuentro de la luna, y hacia ella tendí las manos como para detenerla, pues iba á apagar el argentado rayo con ayuda del cual os veía aún; hasta que por fin y semejante á un monstruo aéreo, avanzó con las fauces abiertas y engulló á la pálida diosa, que desapareció en su sombrío seno. Entonces aparté del cielo los ojos para dirigirlos á la tierra, y os busqué en vano; oía sí el ruido que las herraduras de vuestro caballo producían contra el empedrado; pero ya no os veía.

De pronto un relámpago rasgó la nube, y á la luz de él pude distinguir todavía vuestro blanco corcel. Cuanto á vos, vuestro sombrío manto os había ya confundido con la obscuridad de la noche. El noble bruto se alejaba con rapidez, pero al parecer sin jinete. Brillaron dos nuevos relámpagos, que me mostraron al caballo que sin cesar iba alejándose cual blanco espectro, hasta que algunos segundos después no percibi ya ni el ruido de su galope. En esto fulguró otro relámpago seguido del rebramar del trueno; pero sea que el caballo hubiese doblado algún recodo del camino, ya que la distancia me lo robase á la vista, éste había desaparecido.

Durante toda la noche estuvo rugiendo el trueno y el viento y la lluvia azotando los cristales de mis ventanas; al día siguiente, la naturaleza, desatinada, desgredada, moribunda, parecía estar cubierta de luto como lo estaba mi corazón.

Yo sabía cuánto ocurría por la parte en dirección de la cual os vi desaparecer, esto es en el Languedoc. El duque de Montmorency, vuestro amigo, gobernador de dicha región, quien, según rumores, abrazara la causa de la reina madre desterrada y la del príncipe, que acababa de atravesar el territorio de Francia para reunirse á él, había sublevado las provincias y levantaba tropas para marchar contra el rey y Richelieu.

Vos os habíais ido, pues, para servir á uno de vuestros hermanos y combatir contra el otro, y, lo que era más peligroso todavía, para desenvainar la espada y arriesgar vuestra cabeza contra el terrible cardenal de Richelieu, que tantas cabezas derribara ya y tantas espadas había roto.

Como sabéis, mi padre se encontraba en París al lado del rey. Cuanto á mí, me puse en camino con dos de mis servidoras, so pretexto de ir á visitar á mi tía, abadesa de San Pons; pero en realidad para acercarme al teatro de los acontecimientos en el cual ibais á desempeñar un papel.

Para salvar la distancia que separa Valence de San Pons, hube de emplear nada menos que ocho días, no llegando al monasterio hasta el 23 de agosto.

Por poco que las santas reclusas estuviesen acostumbradas á mezclarse con los sucesos del mundo, los acontecimientos que en torno de ellas iban desenvolviéndose tomaban un cariz tan amenazador, que constituían el tema de todas las conversaciones, y no había servidor en el convento que no corriese al husmo de noticias.

Ahí lo que decía la gente: que el hermano del rey, monseñor Gastón de Orleans, se había dado la mano

con el mariscal duque de Montmorency, al frente de dos mil hombres que levantara en el principado de Tréveris, los cuales, unidos á los cuatro mil con que contaba ya el mariscal, componían un conjunto de seis mil combatientes, con los cuales sujetaba á Lodeve, Albi, Uzés, Alais, Lunel y San Pons, donde yo me encontraba. Nimes, Tolosa, Carcasona y Béziers, aunque protestantes, se habían negado á formar causa común con él.

Decíase también que contra las tropas del duque de Montmorency marchaban dos ejércitos, uno de ellos por el Puente del Espíritu Santo, al mando del mariscal de Schomberg.

Por otra parte, el cardenal había juzgado necesario que Luis XIII se acercara al teatro de la guerra y dábese por cierto que Su Majestad se encontraba ya en Lion, noticia que me confirmó una carta que me trajeron de Valence, en la cual me comunicaban, además, que mi padre, el barón de Lautrec, iba entre el séquito del rey.

La carta á que me refiero era de mi mismo padre, y en ella éste me participaba la resolución tomada por su antiguo amigo el conde de Pontís y él, de estrechar todavía más los lazos de amistad y de parentesco que unían las dos casas, dándome por esposa al vizconde de Pontís.

Recordaréis que ya os hablé de semejante proyecto de matrimonio, y que, al hacerlo, me contestasteis:

—Concededme un nuevo plazo de tres meses, durante los cuales es fácil que se desenvuelvan trascendentales acontecimientos que cambien muchas fortunas; luego pediré vuestra mano al barón de Lautrec.

Así pues, á la zozobra que me causaba el saber que os encontrabais entre aquellos á quienes mi padre calificaba de rebeldes, se unía el temor de ver levantarse odios entre vuestra casa y la de mi padre, de mi padre, tan fiel y tan leal servidor del rey, que